

el Creador para soplar la creta y transformarla continuamente engañando a los observadores en una estasis encantada. El despertar del hombre parece coincidir con el sueño y después con el diseño de otros mundos, escondidos o mimetizados en el que vivimos.

Las alucinaciones nocturnas, el deseo de un orden, la expectativa profética, la bíblica resistencia al mal representan los motivos conductores para interpretar —también desde el interior, o sea por obra del mismo autor— el universo literario de Sábato. El a veces parece complacerse de una biografía casi legendaria: el viaje de la pampa a la ciudad para los estudios secundarios; la adhesión al Partido Comunista y el afán revolucionario; el viaje de vuelta de una empresa inacabada —interrumpida por el sobresalto emotivo causado por la política estalinista, por el álgido convencionalismo del mal necesario— el vagar por París, la acción humanitaria de un bedel, los estudios de matemáticas y física, lo radical y lo rígido de las ficciones colectivas, el rechazo, la destrucción individual, la tentación literaria, la huida de las alucinaciones individuales (*El túnel*) y colectivas (*Sobre héroes y tumbas*), la purificación inacabada, la insatisfacción (*Abadón, el exterminador*), la defensa de las posturas no concluidas, pero no comprometidas, la filogénesis del conocimiento, la depresión, la afiliación epicúrea, el redescubrimiento del mundo, la angustia, la acusación de misoneísmo dirigida a los dogmáticos, la casi ceguera, la oscuridad como preparación al desprendimiento o a la sola presencia concedida al hombre del año 2000, al hombre dominado, falto de cualquier defensa y ofensivo, aguerrido allende el límite de lo imaginario, ni caballero antiguo ni aun astronauta, terrorista, ateo, monofacético, casi afónico por tanto cantar.

La apariencia de lo real penetra en la obra de arte independientemente de las prejudiciales o de los propósitos del artista: la experiencia metafísica encuentra una repercusión en las páginas de un cuento que filtra un acontecimiento y lo compagina con otros que hubieran podido producirse de haber sido la habilidad (intuitiva, imaginativa, visual) del actor más profunda o perspicaz.

... Los seres humanos no pueden representar nunca las angustias metafísicas en el estado de puras ideas, sino que lo hacen encarnándolas, oscureciéndolas con sus sentimientos y pasiones. Los seres carnales son esencialmente misteriosos y se mueven por impulsos imprevisibles, aun para el mismo escritor que sirve de *intermediario* entre ese singular mundo irreal pero verdadero de la ficción y el lector que sigue el drama. Las ideas metafísicas se convierten así en problemas psicológicos, la soledad metafísica se transforma en el aislamiento de un hombre concreto en una ciu-

dad bien determinada, la desesperación metafísica se transforma en celos, y la novela o relato que estaba destinado a ilustrar aquel problema termina siendo el relato de una pasión y de un crimen (2).

El delito y la pasión parecen extinguir en *El túnel* el pensamiento sistemático, consecuente: el protagonista, Castel, persigue una idea —considerada, quizá sin razón, matriz, generadora de su universo mental, erótico, de ficción— y la convierte continuamente en emoción: María —la idea-madre perseguida— enfurece con esa actitud de claroscuro —relativista, dice Sábato— en la que se hundan las grandes estaciones del alma, la epopeya del sueño, las vibraciones arcaicas, los sedimentos profundos del ser. *El túnel*, en efecto, es la novela de la ambigüedad, perseguida en la única dimensión expresable, en el comportamiento silencioso, críptico, alusivo. El enigma que personifica el «alrededor» de Castel es inmotivado: sirve para indicar la frecuencia para los que no se reconocen en una situación que objetivamente los sobrepasa.

El «alrededor» de Castel representa la conciencia colectiva que repercute por flujos destrozantes en el continuo relato por imágenes del narrador: el yo que relata nunca se oculta, está alerta, permite a los personajes sumergirse en lo profundo y explorar los océanos legamosos de su yo.

Hundidos en el precario rincón del universo que nos ha tocado en suerte, intentamos comunicarnos con otros fragmentos semejantes, pues la soledad de los espacios ilimitados nos aterra. A través de abismos insondables, tendemos temblorosos los puentes, nos transmitimos palabras sueltas y gritos significativos, gestos de esperanza o desesperación. Y alguien como yo, un alma que siente y piensa y sufre como yo, alguien que también está pugnando por comunicarse, tratando de entender mis mensajes cifrados, también se arriesga a través de frágiles puentes o en tambaleantes embarcaciones a través del océano tumultuoso y oscuro (3).

El contrafuerte representativo del yo es la Nada, la absurda determinación de lo Vacío en una realidad —la argentina— aparentemente ilimitada. La paráfrasis de la *estancia* (del estar) es la pampa, una inmensa estasis meditativa para el enredo de pensamientos infinitos.

Y así como las tres religiones occidentales surgieron en solitarios hombres enfrentados con el desierto, en nuestro país comenzó

---

(2) Ernesto Sábato: *El escritor y sus fantasmas*, Aguilar, Buenos Aires, 1967, p. 14.

(3) *Ibidem*, p. 15.